

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8615

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES.—El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Caumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Martes 15 de Julio de 1890.

LA HIDROFOBIA.

Son tan frecuentes los casos de rabia que se viene presentando, que se hace preciso y conveniente decir algo sobre tan terrible dolencia, aunque no sea más que describir el cuadro sintomatológico y los medios de preservación á que deberá recurrirse en todo caso de mordedura hecha por un animal que se supone rabioso, á fin de que el público pueda conocer y preservarse de los graves peligros con que está constantemente amenazado; ya que es difícil, si no imposible, desprenderse de una especie de animales, que así como pueden ocasionarle serios disgustos, en cambio proporcionan provechosos servicios hasta el punto de ser indispensables al hombre.

Sólo una advertencia me permitirá hacer, y es, que al hacer público este pequeño trabajo, me anima tan solo el pensamiento de ilustrar al público acerca de esta materia, pero no el de dirigirme á las personas que poseen un título profesional como el nuestro, y cuyos conocimientos en ella son muy superiores á los míos.

«Tres son los períodos en que puede considerarse dividida la enfermedad de la rabia, y admitidos por todo el mundo científico.»
«El primero, la incubación, no ofrece para el público ningún síntoma que indique la presencia de la enfermedad hasta el segundo.»

«Este, la invasión, está caracterizado por el escozor en la región donde fue mordido el animal, y la tumefacción de la cicatriz que se había formado.

«Estos síntomas pasan desapercibidos á la vista del dueño, pero nunca el tercero.»

«La rabia confirmada, que es el último de los períodos, puede dividirse en días, pero como varía muchísimas veces, nos limitaremos á resaltar desde su aparición hasta la muerte; inapetencia, inquietud extremada, tendencia á buscar los lugares oscuros.

«Algunos de los atacados lamen el agua, otros sedientos la beben, á los mas les causa horror, así como todos los cuerpos brillantes; en este estado todavía conocen y obedecen á sus dueños.

«Todo esto es casi invariable en su primer día.»

«En el segundo día, el cuadro sintomatológico se agrava, la inquietud se transforma en una serie de movimientos desordenados; sus ojos castellan, muere ya todo lo que se le pone delante, huye si tiene propensión de hacerlo; su paso es ligero, su mirada sombría, bajas las orejas, caida la cola, mordiéndose al paso lo que tan solo es un obstáculo á su precipitada carrera.»

«Los perros que encuentran en el tránsito huyen como si instintivamente conocieran el daño que el hidrófobo puede causarles, y nunca el rabioso traba luchas cuya duración le interrumpiera su desordenada fuga.

«Se limita, tan solo, á morder, abandonando su presa acto continuo.»

«Si nada le sucede en el camino, cuando ya el cansancio, por una parte, y la falta de alimentos, por otra, dejan sentir sus efectos, entonces los más de ellos, y esto es del tercero al cuarto día, vuelven á la casa donde habitaban para morir en medio de terribles sufrimientos y espantosas convulsiones.»

«Si el perro no tiene ocasión de huir de su casa, se esconde, y aunque hay algunos que pierden la voz, en la mayor parte toma un timbre particular muy parecido al ahullido de los perros cuando cazan; otros hay que ladran como si estuviesen enfermos.

«A veces hay algunos que muerden con preferencia al hombre, alrededor del cual dan vueltas sin hostilizarle, pero la mayor parte, por el contrario, se arrojan contra él y no punto como le ven. En este estado, sus ojos que tanto brillaban al principio de la dolencia, se apagan ahuyéndole gran cantidad de baba en la boca, y abriéndola todo cuanto puede para facilitarse el paso del aire á sus pulmones.»

«El síntoma característico y predominante de la enfermedad es la introducción en su aparato digestivo de cuerpos extraños, y en particular los que le sirven de lecho, como son paja, trapos; esparto, estrotera, etc.»

«Por último, después de repetidos accesos, sus fuerzas están sumamente debilitadas, llegando al extremo de no poder moverse del sitio en que se encuentra, por más desesperados esfuerzos que haga sucumbiendo en medio de convulsiones y sufrimientos muy atroces.»

«Nunca se prolonga su vida más allá del quinto día.»

Toda persona mordida por un animal rabioso, ó que se reputa como tal, deberá procurar, en el mismo instante de ocurrir la mordedura, que se compriman las heridas en todas direcciones, reprimiéndolas cuanto sea posible, con el fin de que salgan la sangre y baba que haya penetrado en ella. Seguidamente, cuando recibe el mordisco en un miembro, se aplicará por encima de la herida una ligadura ejerciendo bastante presión para impedir la penetración del virus por inhibición de los tejidos, ó por la absorción que ejercen las venas y vasos linfáticos, cuidando de no llevarla tan al extremo que resulten otros inconvenientes. Mientras se acude en busca de un facultativo, que preste con perfección mayor los auxilios de la ciencia, deberá lavarse la herida, ya sea con álcali volátil dilutado con agua, si le hubiese á mano, ya con legía, ya con agua de jabón, con agua de cal, con salmuera, con cualquier líquido astrigente, con agua pura, ó en fin, con orina, si no hubiere otra cosa.

Desde luego y sin mayor dilación, se habrá puesto al fuego el hierro que haya á mano más apropiado para cauterizar la parte; y cuando esté bien candente, después de dilatar y regularizar las heridas cuanto sea posible, se hará una cauterización profunda, dirigiendo el cauterio por todas partes sin perdonar punto alguno de la herida. Cuando no baste la aplicación de un solo cauterio, debe repetirse la operación tantas veces como se juzgue necesario para obtener una cauterización completa y profunda. Un buen instrumento para esto es un hierro largo, una escarpija, el mango de una badilla, las herramientas de varios oficios, cualquier instrumento de hierro sirve para estos usos, pues es de urgentísima necesidad el practicar dicha operación acto continuo de ser mordido.

Es preciso evitar el grave peligro que se corre, recurriendo inmediatamente al auxilio del médico, el cual con los recursos de la ciencia sabrá aplicar los remedios oportunos que el caso exija, debiendo tener entendido que el animal rabioso inocula un veneno, cuyos efectos es preciso impedirlo de la manera que queda indicada, mientras se aguarda al facultativo, y sujetándose á las prescripciones de éste sin tener presente para nada la superchería de saluadores y adivinos, y las supuestas virtudes de específicos propinados, por el charlatanismo que no conducen á otra cosa, más que á perder el tiempo y entregarse en brazos de la fatalidad.

Antonio Mesa.

SUBLIME Y RIDÍCULO

Nada hay tan sublime como el heroísmo inspirado por el amor. Y sin embargo, todavía está por escribir el poema de aquel desgraciado amante que por no comprometer á la mujer amada tuvo que esconderse dentro de una corraleta.

Al día siguiente le encontraron asfixiado. Su último movimiento había sido llevarse el pañuelo á las narices.

¿Recuerdan ustedes la voz deliciosa, siempre fresca y siempre dulce, del inolvidable rey de los tenores?

¿Conservan una idea del prodigioso efecto que producía con su sentido acento en «El Trovador?»

Pues suponed por un instante que sin dejar de emitir sus notas con aquella delicadeza y sentimiento que cautivaba al auditorio, hubiese dicho:

«Amor, sublime amor
al pié de una corraleta...»

Y las carcajadas hubiesen sido universales.

El conocido episodio del estornudo, demuestra la facilidad con que las situaciones más sublimes pueden terminar de grotesco modo.

Cierto apasionadísimo joven declaraba con frase de fuego su frenético amor á la mujer que idolatraba.

De pronto se resfrió, porque una bocanada de aire dióle de lleno. Antes que le fuera posible volver la cabeza hizo explosión ruidosa la sustancia que le había irritado la membrana pituitaria.

No fue el rocío de que hablan los poetas el que aquel Apolo envió desde sus fosas nasales al hechicero rostro, purpúreo un momento antes por el rubor, de la bella niña, ni con las perlas poéticas podía tener la menor semejanza. Y con un movimiento de asco, al que siguió una explosión de risa, la niña que temblorosa hubiera dado el sí, anteante de emoción, se retiró bruscamente, burlona, sin darse cuenta exacta de lo que hacía. Era que el encanto quedaba roto.

Hace muchos años asistí á una cita nocturna.

«¿Cómo me palpitaba el corazón! Por lo mismo que era la mujer más páfida que he conocido, la quise más que á ninguna.

El amor no sólo es ciego, tiene mucho de imbecil.

Cuando me acordaba de la papaca que adoré de rodillas á aquella Eva, de cuyo influjo avasallador tardé tanto en librarme, me entraban vivos deseos de darne yo mismo una paliza.

Acudí á su cita con una emoción tan grande, que no recuerdo haber sentido una cosa igual en todos los días de mi vida. Por desgracia el día antes un dolor nervioso me inflamó la parte derecha del rostro. La neurosis me desfiguró de tal modo que mi cara redonda parecía un bombo.

Aumentaba su volumen, cada vez mayor por la hinchazón, una enorme cataplasma, sobre la cual me coloqué una ancha venda, además de la que Cupido me había puesto sobre los ojos.

Lo mismo fue verme mi adorado tormento que soltó la carcajada. Ella esperaba á un rubio boquiabierto, ó mejor dicho á un bomo, pero no que se le presentara una especie de oso.

Su risa me desconcertó de tal modo, que aunque acabé por tenderme los amorosos brazos, yo escapé de allí como pude, avergon-

zado, herido en mi amor propio por el arma terrible del ridículo.

—No quiero pensar, decía en su prólogo á la filosofía de la historia, un crítico eminente, no quiero pensar lo que hubiera ocurrido á muchos héroes, si en el momento crítico de su heroísmo se les descomponen el vientre. Una diarrea inoportuna hubiera dejado en blanco las mejores páginas de la historia, y en vez de estatuas de mármol ó bronce para perpetuar su memoria, hubiera quedado el recuerdo de su inevitable flaqueza como un padrón de ignominia.

De lo sublime á lo ridículo no suele mediar á veces más que un bostezo. Llegó usted á una tertulia y se propone causar efecto refiriendo el episodio trágico heroico que más de ha conmovido al leer los periódicos extranjeros.

En lo mejor de la narración, cuando pinta usted con encendidos colores que en el naufragio del bergantín «Velero», los pasajeros y tripulantes hubieran perecido de hambre sin el heroísmo de un anciano que se sacrificaba para que con su carne coman los demás, uno de los circunstantes recuerda con placer que le espera la cena, y contra su voluntad se abre la boca. El bostezo es como el cólera, contagioso, y en seguida por turno bostezan los demás.

Detrás del bostezo viene la risa, y el narrador se queda «cortado.» No le quedan ganas de añadir á su tético relato, si la carne del viejo héroe resultó sabrosa en aquel festín de la miseria, y si como sucede con la carne de gallina vieja hizo gordo el caído.

En el teatro se representaba hace pocos años uno de los dramas de Echegaray, cuando mediante el poderoso influjo de este ilustrado autor sobre los nervios se encareció la tula.

El silencio era sepulcral, debido á la impresión de horror que causaba la situación más culminante y dramática.

El protagonista iba á pagar todas sus culpas, sentía ya las ansias de la muerte, cuando se oyó decir á uno de los espectadores:

—Anda, toma tripita.

Las carcajadas fueron generales, al par que el artista procuraba marcar bien el estertor.

No quiero decir á ustedes lo que ocurrió en la velada con que los señores de Lentejuelas obsequiaron á sus amigos para celebrar los días de Julia, su hija predilecta, y «triste» como le decía su abuelo.

Cantaba acompañándose al piano lo más sublime de la «Lucía», y al llegar al dúo, aun más sublime, la concurrencia se obstinó en que cantara con ella un joven que era tenor de afición y bajo de estatura.

El aludido joven se excusaba modestamente.

—Pues alguien ha de acompañarla, decían los más impacientes.

En este momento se deja oír un formidable rebuzno.

Un pollino, habitante en la cuadra inmediata, recorrió con precisión absoluta toda la escala, entre la algarazca de sus vecinos de la soirée.

Y la «Lucía» quedó olvidada.

Antonio Fernández y García.

Cosas y general

Almanaque

DIA 16

Cuarto menguante el 9.—Luna nueva el 17.

Sale sol 4 h. 39.—Pónese 7 h. 32.